

bajo, de sus marchitos labios, se deslizaba suavemente del oído al corazón de su interlocutor. No se amortiguaron tampoco su amor a las letras, y su fortaleza moral, ni aún en los críticos momentos en que veía levantada ya sobre su cabeza la seguridad de la muerte. En la última semana de su vida, que se extinguía lentamente, estaba concluyendo un libro sobre educación, que deja como un legado a la juventud de su patria.

Pero al fin los plazos de la corta peregrinación terrenal son estrechos y fatales; para el llamamiento que tarde o temprano se nos hace, no vale excusa, ni hay lugar a segundo apercebimiento. El de nuestra amiga llegó, y ella, resignada, devolvió su espíritu al que se lo había dado. Fue la muerte del justo.

La flor de otros días no existe ya, pero su aroma se percibe aún en los pétalos marchitos de su disuelta corola; aroma que es el recuerdo de una vida angelical, y escritos que no morirán mientras haya en el mundo amor a la poesía.

ARTICULO IV

¿Me permitirá usted, mi buena amiga; otro paréntesis en nuestra correspondencia? Dije mal: yo no tengo con usted sino aquella media correspondencia que decía cierto sujeto, tener con Bolívar, porque él le escribía siempre y Bolívar nunca le contestaba.

Para hablar de nuestra amiga doña Silveria Es-

pinosa de Rendón, hicimos —o hice yo— un alto que usted me agradeció, como era de suponerse, y que en nada podía perjudicar a mis familiares conversaciones miscelánicas. Hoy voy a hacer otro, no menos triste, también en obsequio de la amistad, aunque a primera vista parezca extemporáneo.

Al escribir estas líneas recuerdo que pronto hará dos meses dejó de existir una de las personas que más he estimado y la más digna del aprecio general de que disfrutaba en la sociedad. Nunca es tarde para hablar de los que ya no existen, para hacer un recuerdo siquiera fugaz, de los amigos a quienes ya no volveremos a ver, y de quienes nos separa una valla insuperable, el abismo de la eternidad. ¿Qué es un mes, qué es un año en comparación de éste?

Yo, amigo de hacer memoria por la prensa de todos los que, al abandonar este mundo, dejan en pos de sí una huella de simpatía o de cariño, y especialmente de aquellos con quienes me han ligado gratas relaciones sociales o amistosas, he guardado silencio durante algún tiempo, porque son tantos los que nos han dejado en el tiempo, porque son tantos los que nos han dejado en el presente año, y tan pocos los periódicos que por las actuales circunstancias políticas se han publicado en Bogotá, que me he visto obligado a callar, con dolor de mi corazón. ¿Ni cómo hablar de unos y guardar silencio respecto de otros?

Se explica muy bien la excitación de la sensibilidad y del dolor en los primeros momentos de una desgracia. Si muere una persona estimable y generalmente querida, muchos de sus amigos se

apresuran a tributarle esos elogios que el poeta Quevedo temía tanto, todos se lamentan, ponderan su virtudes domésticas y sociales, sus bellas prendas de todo género, los pésames se multiplican. . . Pero, pasa un año y otro año, y diez años, y esas tristes impresiones, y esa imagen querida, se van desvaneciendo lentamente como las figuras que creemos ver formadas por las nubes al ponerse el sol, o como las brumas que en las primeras horas de la mañana cubren los lagos y las faldas de las montañas. El sol ha salido, y nueva luz, nuevos objetos, nuevas escenas se van sucediendo a aquéllas. Un dolor cómo viene a calmar otro. Sólo las personas que formaban el círculo íntimo de familia como una cadena, conservan un melancólico recuerdo, que las acompaña, aunque de lejos, principalmente en las horas de la soledad, en el silencio de la noche, en los días en que el ánimo está abatido sin saberse porqué. Para los esposos y padres que han sabido amar, esa imagen siempre está en el horizonte de su vida a manera de la verde ramita que nació en el alero de la casa, y asoma siempre en la grieta, aunque ya marchita. El triste recuerdo renueva de vez en cuando una herida que nunca se cierra por completo hasta la muerte.

Dos meses va a hacer que miré por últimas en su lecho de tierra a Domingo, el amigo de mi juventud, mi compañero de trabajo durante largos años, mi colaborador espiritual en la prensa, mi amable conmlitón de otros tiempos, cuando la causa política de nuestras convicciones nos hizo soldados por algunos meses, profesión tan ajena de nuestro carácter y ocupaciones.

Dos meses ha que le dí el último adiós a su cuerpo, pero no a su memoria, ni a su espíritu, que tengo siempre presente, y cuyo modo de ser me ha servido más de una vez de ejemplo y doctrinal en mis acciones y resoluciones.

Jamás tuve ocasión de saber si usted había tratado a Maldonado, y, si no fue así, lo siento sinceramente, pues de seguro usted lo habría contado en el número de sus mejores amigos, habría simpatizado con su carácter ingenuo, su igualdad inalterable, su habitual alegría infantil, su recto juicio y excelente corazón. Tan amable conjunto le habría encantado a usted, y su graciosidad oportuna, sobria y de buen gusto, la habría regocijado.

Muchos años estudié a este amigo, y jamás hallé en él inconsecuencia a doblez, jamás el disfraz hipócrita del falso amigo; al través de su rostro, de su mirada, de sus movimientos se traslucía una alma candorosa, apasionada sin exageración por todo lo grande, y estimador del mérito verdadero. Atinado juez en todo lo que se relacionaba con la belleza de las artes era él mismo artista aficionado de la mejor ley. La ópera, el drama, el concierto, la poesía, que también cultivaba, despertaban su entusiasmo aparentemente dormido, y era el concurrente asiduo de aquellos espectáculos.

De su lealtad y recto proceder, y de su probada experiencia en asuntos de Gobierno, dieron testimonio hombres muy notables en la administración pública, que le consultaron en más de una ocasión, y en circunstancias difíciles, sobre puntos delicados.

Jamás retrocedió un paso en el cumplimiento del deber, ni su benevolencia y cortesanía contemporizaron con lo que no creía justo y razonable, o con exigencias indebidas. Creyente y religioso sin ostentación, vivió como cristiano sincero y murió como había vivido.

Maldonado era el ídolo de su interesante familia, que, como una corona de afectos, lo rodeaba.

Este es el breve boceto de un hombre que, si en los momentos de su muerte no me arrancó exclamaciones de dolor, cada día que pasa, su figura se abrillanta para mí, y crece su mérito con la ausencia.

Puesto que sus relaciones en la alta sociedad de esta capital eran gratas para todos, ¡cuánto no lo habrían sido para usted, apreciadora de los hombres cultos, honrados y espirituales! ¡Y cuánto no habría él celebrado cultivar la amistad de usted, fuente inagotable de satisfacciones puras y desinteresadas!

ARTICULO IV

Muy respetada señora y amiga:

Hablaba a usted poco ha de nuestra misteriosa planta americana, llamada coca (nuestros goajiros, que la usan mucho, la llaman **hayo**), y siento no poder añadir todas las interesantes noticias que sobre ella y sobre sus varias propiedades y aplicaciones he hallado recientemente —gracias a la fineza de mi amigo, el distinguido botánico,